Una voz más allá del océano

Elizabeth Weinzettel

El día que Alemania llegó a mi casa, yo tenía cinco años. No vino en barco ni en tren. No traía valijas. Llegó escondida en la voz de mi madre y las mujeres de mi familia.

Yo era muy pequeña cuando la escuché hablar en una lengua que hice mía. Eran palabras diferentes que no era como las que escuchaba al pasar por el colegio del pueblo o la de los otros niños en la puerta de la iglesia. Era otra música. Las palabras parecían venir de más lejos, como si antes de llegar a nuestra cocina hubieran tenido que atravesar en barco lejanos mares y una historia demasiado grande para una niña. En el jardín de infantes, aprendí que las cosas tenían un nombre, pero en mi casa descubrí que algunas cosas podían tener dos.

Afuera se hablaba español. Adentro, muchas veces, alemán dialecto. Simplemente estaba allí: en las conversaciones de los mayores, en las oraciones, en algunas palabras que no tenían traducción exacta y en los nombres de las comidas que aparecían sobre la mesa: *Kraut pirok*, *Tinekuchen*, Filsen, nudel suppe, lekpreineken, prunspreineken, entre otras.

Yo todavía no sabía dónde quedaba Alemania. Tampoco sabía dónde quedaba el Volga. Pero sabía que existían porque los adultos hablaban, como quien habla de alguien que alguna vez estuvo sentado a la mesa.

Había además un libro. Era viejo, de tapas color oscuro gastado y páginas amarillentas. Las letras parecían pequeños dibujos negros, apretados unas contra otras. Yo lo habría con cuidado, como si pudiera romperse no solamente el papel, sino también aquello que guardaba. Era un libro de oraciones. Estaba escrito en alemán antiguo, pero no entendía lo que decía. Su misterio me fascinaba. Pensaba en las manos que habían pasado esas páginas. En las personas que habían pronunciado aquellas oraciones. En las voces que habían repetido esas mismas palabras cuando todavía no existían ni mi casa ni mi pueblo ni siquiera yo. Muchos años después comprendí que aquel libro no era solamente un libro. Era una puerta. Y yo había aprendido a abrirla mucho antes de saber adónde conducía.

Cuando tenía seis años, un día llegó a casa visita. Era una persona vinculada a la familia, llegada desde el norte de Alemania. Traía chocolates, mazapán y relatos de un país que hasta entonces había sido para mí una palabra.

Por primera vez, Alemania tuvo un rostro. Tenía una voz. Traía cosas en una valija. Y entonces comprendí algo que para un adulto habría sido insignificante, pero que para mí fue enorme: ese lugar que vivía en las conversaciones de mi familia existía de verdad. Estaba lejos. Muy lejos. Pero existía. Desde aquel día empecé a imaginarlo. No quería solamente conocerlo. Quería llegar.

A los nueve años comencé a estudiar alemán. Mis padres hacían un esfuerzo para pagar las clases. Yo lo sabía, aunque nadie necesitara explicármelo demasiado. Había cosas que los adultos decían con palabras y otras que se entendían con la mirada. Estudié durante años. Aprendía vocabulario, conjugaciones, pequeñas frases. Pero en realidad estaba aprendiendo algo más. Estaba tratando de acercarme a un lugar que sentía cercano sin haberlo conocido.

A los doce años entré a un coro de niñas. Nos llamábamos *Die süssen Weilchen.* Nos vestíamos con trajes alemanes: pañuelos en la cabeza, delantales con puntillas, faldas que nos hacían parecer salidas de una fotografía antigua, como las del museo de mi aldea. Cantábamos canciones que habían viajado hasta nosotros desde mucho antes de que naciéramos. Una de ellas era *Nun ade, du mein lieb Heimatland*. Yo la cantaba con una emoción que no sabía explicar. Había en aquella canción una despedida. Una tristeza. Una nostalgia. Pero yo nunca me había ido de ninguna parte. Entonces, mientras cantaba, una pregunta empezó a acompañarme: ¿Por qué me duele una despedida que nunca viví? No tenía respuesta. Tal vez nadie la tenía. También cantábamos *O Tannenbaum* y *Großer Gott, wir loben dich*. Cuando nuestras voces se juntaban, algo extraño ocurría. Por unos minutos dejábamos de ser unas niñas de Entre Ríos. Éramos la continuación de otras voces. Voces de abuelos. De mujeres y hombres que habían atravesado fronteras, que habían perdido lugares, que habían aprendido a empezar otra vez. Nosotras cantábamos. Ellos, seguían allí.

Antes de que existiera internet, Alemania también llegaba por la radio. Mi padre y yo escuchábamos Deutsche Welle. Había que buscar la señal. Mover la perilla. Esperar. A veces la voz llegaba limpia. Otras veces se mezclaba con interferencias y ruidos. Yo me quedaba escuchando. Me parecía increíble. Una voz hablaba desde Alemania y podía entrar en nuestra casa,

en aquel rincón de Entre Ríos. Entonces pensé que quizá las distancias no eran tan grandes como parecían. Si una voz podía cruzar el océano, tal vez algún día yo también podría hacerlo.

Empecé a escribir cartas. Pedía libros, materiales, cualquier cosa que pudiera ayudarme a aprender y comprender. Después esperaba al cartero. Recuerdo su bicicleta y su gran bolso. Y recuerdo, sobre todo, los sobres con estampillas extranjeras. Para cualquiera podían ser simplemente estampillas. Para mí eran señales. Cuando aparecía una carta, el corazón me latía distinto. Yo había escrito hacia Alemania. Y Alemania me había contestado.

Pasaron los años. El océano siguió estando allí. Yo no lo crucé. La vida tomó otros caminos. Estudié. Trabajé. Aprendí otras cosas. Y, sin darme cuenta, aquello que había empezado como una curiosidad de niña comenzó a acompañarme de otra manera. Volví una y otra vez a los lugares de Entre Ríos donde se habían asentado familias de origen alemán del Volga. Entré en escuelas. Escuché historias. Vi fotografías. Leí documentos. Encontré palabras que todavía sobrevivían en algunas casas. Y comprendí algo que me sorprendió: yo había pasado años buscando una historia que, en realidad, había estado buscándome a mí.

Mientras investigaba cómo una comunidad conservaba sus palabras, sus costumbres y sus recuerdos, empecé a reconocer mi propia infancia. Aquella lengua que yo había sentido tan extraña cuando era pequeña no era una rareza. Era una herencia. Aquellas canciones no eran solamente canciones. Eran memoria. Aquel viejo libro no era solamente un libro. Era una prueba de que alguien había querido que ciertas palabras sobrevivieran. Y entonces comprendí la pregunta que me había acompañado desde aquella canción. ¿Por qué me dolía una despedida que nunca había vivido? Porque quizá algunas nostalgias no nacen de nuestra propia experiencia. Algunas nos llegan heredadas. Viajan en una lengua. En una receta. En una oración. En una canción que alguien enseña a una niña sin explicarle por qué debe aprenderla.

Hace poco volví a pensar en aquel libro. Imaginé mis pequeñas manos abriéndolo. Imaginé aquellas letras que no podía leer. Y pensé en todas las personas que habían sostenido esas mismas páginas antes que yo. Por un instante entendí que el océano era el nombre de todo lo que habían tenido que atravesar quienes vinieron antes.

Europa.

El Volga.

La partida.

La llegada.

Una nueva tierra.

Una nueva lengua.

Una nueva vida.

Y, sin embargo, algo había sobrevivido: Una voz.

La voz de mi familia.

La voz de una canción.

La voz de una oración.

La voz de una radio que cruzaba continentes.

La voz de un cartero que traía un sobre con estampillas extranjeras.

Durante muchos años pensé que mi gran viaje pendiente era cruzar el océano. Hoy sé que estaba equivocada. El océano ya había sido cruzado. Lo habían cruzado ellos y a través del tiempo, conmigo; Llegó en la lengua de mi casa y los huevos de gallina pintados a mano para pascua, en las comidas y galletitas en el horno de barro. En las páginas de un libro. En las canciones que canté sin comprender del todo por qué mi corazón latía diferente. Llegó hasta una niña que todavía no sabía leer aquellas letras antiguas, pero que sabía escuchar.

Tal vez por eso, cuando hoy escucho una canción alemana siento que alguien me llama desde muy lejos. Y entonces entiendo. No era yo la que estaba buscando a Alemania. Alemania había llegado primero.

Imagen del coro infantil alemán *Die süssen Weilchen. Año 1989*

A mis 12 años de edad con pañuelo rojo, borde a la izquierda. Con pañuelo rojo última fila.

Imagen Jardín de infantes con niños descendientes de alemanes del Volga, donde he realizado mi etapa de educación inicial. Colegio Sagrado Corazón. Crespo. E. R. Argentina.

Imagen de baúl, manta y biblia en alemán, frutas de huerta y huevos en canasta de las granjas de alemanes del Volga de las aldeas de la zona. Cartelería de fondo de la gastronomía alemana donde se observan “die mauldaschen”. Fuente: fotografía tomada en CAAL 2026

Imagen donde me encuentro junto al conjunto musical alemán de la Prov. De Santa Fe y libro de mi autoría como fruto de la investigación realizada en Colonia Merou E. R. Argentina